

en América. Se necesita que pase mucho tiempo para que la idea evangélica de los peregrinos produzca sus frutos políticos hasta en el pródigo y fecundo suelo de América. Cuando el trabajo no se divide por sí, lo divide el tiempo.

Pero aun dentro del éther religioso, la voz de los neo-hegelianos ha resonado con grande resonancia. Ellos han detenido al mundo moderno en los momentos mismos en que se arrojaba loco y suicida al pié de los destrozados altares. Ellos han flagelado los poetas románticos que, so pretexto de buscar una inspiración arqueológica en los abismos de los pasados tiempos, recomponían una sociedad gastada sobre las bases de los ruinosos castillos feudales y sobre los restos de las antiguas teocracias. Cuando Alemania se perdía complacida en la adoración de lo pasado, despertaban el sentido de lo presente y avivaban el culto de lo porvenir. Cuando la escuela histórica desenterraba los muertos, ellos jugaban con aquellos inútiles huesos y les oponían la encarnación y el calor de la vida. Cuando los jurisperitos volvían al derecho consuetudinario y feudal, ellos despertaban con su campana revolucionaria, al fulgor de los relámpagos, la idea viva del derecho humano. Cuando la erudición se tornaba á buscar las fuentes de la vida en la historia, ellos la buscaban en la conciencia. Sus cóleras han sido injustas muchas veces; pero no juzgueis á los combatientes en la arena como juzgaríais á los dioses en su inmortal serenidad, creando y produciendo con el soplo de su aliento y con el eco de su palabra. El combatiente se mancha de sangre y lodo, del sudor de su cuerpo y de la rabiosa espuma que deja sobre sus carnes la mordedura de su con-

trario; pero luego, cuando la hora de la guerra ha pasado y el momento de la justicia ha venido, el mundo les perdona mucho, porque mucho ha padecido y ha trabajado también.

Así camina la idea en su progreso. Ninguno puede abarcarla en su totalidad y en su conjunto. La vida social tan sólo dispone del tiempo infinito y del infinito espacio como el Universo.

Trataremos más ampliamente de los neo-hegelianos cuando tratemos de arte ó de política, pues en todas las manifestaciones de la vida moderna han tenido grandes personalidades, como Herwegh, que esgrimió su pluma de poeta y su espada de caballero con igual arrojo; que intentó con un puñado de valientes audaz revolución sólo vencida por la fuerza y el número; que conservó en el destierro su vida sin sombras, su nombre sin manchas: como Blum, que vivió con el laurel de poeta en las sienas, con la palabra del orador en los labios, rodeado de inmensa popularidad, y murió sobre el ara del martirio, elevándose á ser altísima personificación de la libertad alemana: como Marx, cuya fama ha llegado á todas partes á causa de sus ideas económicas y de su influencia en la Internacional; antes hombre de ciencia y de enseñanza que de revoluciones y de acción: como Freiligrath, el poeta revolucionario: como Gutzkow, el novelista y el dramaturgo de la democracia germánica: como Boerne, cuyas cartas de París alcanzaron celebridad universal, y cuyo nombre está indisolublemente unido á todo el desarrollo de las nuevas ideas: como Mundt, el jefe reconocido de la nueva escuela literaria, tan enemigo de la reacción romántica como de los estacionarios, extáticos, petrificados en la estéril contemplación de la historia.

## CAPITULO XLIV.

### LOS REPUBLICANOS DARWINISTAS.

Pero este es el momento y el lugar de que historiemos las relaciones entre la escuela materialista germánica y la política republicana. Además de Heckel, cuyas teorías en otro lugar hemos examinado, hay en Alemania tres hombres eminentes y célebres que, dedicados á las ciencias naturales, sirven también, cada cual en su respectivo grado, á las ideas políticas. El uno es Vogt, el otro Virchow, el otro Büchner. Vogt ha militado en las filas del partido republicano, y ha servido á la revolución alemana. Lanzado por las sucesivas reacciones del suelo pátrio á la emigración, se ha consagrado en compañía del llorado Agazis, bajo la protección de la libertad helvética, al estudio de la naturaleza que cultiva y profesa con gloria. Ginebra le cuenta como profesor en sus escuelas, como diputado con sus consejos. Y siempre que alguna cuestión se plantea, defiende con grande maestría en la ciencia política y exaltado amor á las instituciones democráticas la libertad del pensamiento y la inviolabilidad de la conciencia.

Virchow ha llegado á ser muy célebre hasta entre los más ajenos á la ciencia. Profesor eminente, y médico eminentísimo, ha combatido con igual energía el tífus en los hospitales y la reacción en el Parlamento. Innovador en medicina, quiso también ser innovador en política. La revolución de 1848 le sorprendió en los primeros años de su juventud, en los primeros trasportes de su entusiasmo, y fundó en Berlín avanzado club democrático donde encrespaba los ánimos con el huracán de las ideas. La reforma médica y la reforma política le embargaban igualmente. Pero la reacción vino, le quitó la cátedra, le suprimió el periódico, le cerró el club, y tuvo por fuerza que refugiarse en otra Universidad alemana que no fuera la opresiva Universidad de Berlín. Allí fué tan perseverante en sus estudios, tan feliz en sus descubrimientos, tan luminoso en sus explicaciones, que el mismo perseguidor llamó al perseguido y le devolvió su puesto en la Universidad.

Por 1859 la guerra de Italia volvió á despertar la libertad en Europa. Tras los desas-



tres de la reaccion que siguió al movimiento de 1848, fué aquel año como un albor de esperanza. Las nacionalidades resucitaban. La idea de la unidad de las razas venia en pos de la unidad nacional. Tres colegios llevaron el ilustre médico al Parlamento prusiano. Ya en esta época no pertenecía al partido democrático. Las ideas avanzadas, que predicara durante la revolucion, habían perdido mucho en su ánimo. Y perteneció al partido que, sin separarse del rey, profesaba los principios de la unidad nacional vigorizada por la libertad. Mas, á pesar de esto, el eminente médico tenía entrañable cariño á las instituciones parlamentarias y ódio invencible á la supremacía del rey sobre el Parlamento. Su lucha era tan viva, su palabra tan acerada, su empeño tan grande, su actividad tan incansable, su oposicion tan audaz, que un dia se presentó Bismark en el Parlamento y le provocó á duelo. Los triunfos de la fuerza no han deslumbrado sus ojos, y en mil ocasiones, antes y despues de las ultimas victorias, ha propuesto el desarme internacional, y ha tronado contra la centralizacion absorbente y la oligarquía militar.

Uno de los hombres que más popularidad han alcanzado en Europa es el célebre doctor Luis Büchner, cuyas obras andan hoy por todas partes. No puede compararse en mérito científico, á la verdad, con Vogt, ni con Virchow; pero les aventaja por sus calidades literarias, por el brillo de su estilo, por la facilidad de su locucion, siendo realmente el gran propagandista de la escuela. Reune á estas particularidades la muy singular de que mezcla con sus exposiciones de ideas científicas exposiciones de ideas políticas, comparando la lucha de las especies en la naturaleza por la vida con la lucha de los hombres en la historia por el derecho, y trayendo otras misteriosas analogías entre la sociedad y el Universo. Así, despues de haber presentado el origen del hombre segun su doctrina, y el lugar que el hombre ocupa en la creacion,

entra de lleno, al examinar las humanas vocaciones y los humanos destinos, en plena ciencia política, y trata tanto de los problemas relativos á la organizacion del Estado como de los problemas relativos al mejoramiento social.

Para Büchner la materia es eterna, infinita, universal. La partícula de hierro es esencialmente lo mismo, ora vague por los espacios en los aereolitos, que á manera de enjambres vuelan al rededor de los mundos; ora circule disuelta en la roja sangre que se agolpa al corazon y arde en los pulmones; ora mate con el filo de una espada ó la punta de un puñal; ora vivifique con la luciente reja del arado que vá abriendo los surcos para que en ellos caiga pródiga semilla, ó con la píldora que robustece el desmayado cuerpo y entona los decaidos nervios. Las trasformaciones de la materia en nada alteran su esencia. El pedazo de leña es fundamentalmente el mismo, cuando plantado en la selva recibe los besos de la luz, la vida de la sávia, el carbono del aire, las visitas del ave, el bautizo de la lluvia, que despues de arrancado, desarraigado, convertido en leña, puesto á la chimenea, encendido en la lumbre, quemado, reducido á cenizas, en las cuales se aumenta su peso por la absorcion del oxígeno, pero no se altera su prístina, su íntima, su esencial sustancia.

Y con la materia, eterna, infinita, es consustancial, coetánea la fuerza, que no está fuera de la materia como pretenden los místicos, sino en la materia misma, ora sostenga los astros pendientes unos de otros con la invisible cadena de la atraccion; ora junte molécula á molécula con el misterioso amor de las afinidades químicas que producen la cohesion; ora se condense en la nube de vapor impulsando y conduciendo la nave por el mar y la locomotora por la tierra; ora chispee en los torrentes de la electricidad; ora sea luz, calor ó magnetismo.

Conocidas estas ideas, no hay para qué recordar el pensamiento de Büchner respecto

al origen de los organismos y á la aparicion de las especies. El sistema de Darwin es su sistema. Alemania lo recogió con grande ansia y lo guarda con religioso culto. Es verdad que lo combatieron sábios eminentísimos; pero no lo contrastaron. Liebig, con la autoridad que le daba su ciencia y que conservará en la posteridad, opuso los principios vitalistas á los principios materialistas. Agazis, el ilustre sábio que ha ilustrado con sus descubrimientos dos Repúblicas, los Cantones suizos en Europa, los Estados-Unidos en América, dirige muchos de sus desvelos y parte de sus obras á refutar el darwinismo. En su concepto no es un sistema que haya nacido de la observacion y la experiencia, que se haya coordinado despues de largos estudios; es un sistema concebido *á priori*, pensado especulativamente, y al cual se ha querido luego ajustar y acomodar los hechos, aunque fuera desconociéndolos y violentándolos. Pasa lo mismo con el sistema de Darwin que años antes pasara con el sistema de Schelling. No surgió del estudio profundo de la naturaleza y del enlace real de los seres. Surgió del pensamiento filosófico y se buscaron las séries orgánicas para confirmarlo despues de componerlo. Y como Schelling sostenia que cada órgano del cuerpo humano era un organismo aparte, y que este organismo correspondia con los organismos de los seres inferiores, se inventó una especial anatomía y una especialísima zoología para comprobar los principios fundamentales del sistema y sus encadenadas séries.

Agazis achaca á exageraciones de sus discípulos gran parte de las ideas que hoy corren selladas con la marca del célebre naturalista inglés. Y le extraña que un sistema tenido entre tantos por clave que explica la aparicion del organismo y sus posteriores desarrollos, use por divisa y por mote el apellido de un hombre como para dar testimonio de su arbitrariedad. La idea que más le repugna es la idea llamada de la variabilidad en las espe-

cies. No, no es cierto que los seres engendren con el tiempo seres desemejantes, seres que se vayan apartando del tipo de su especie. En el producto de la mezcla entre las especies se conoce la parte adherente á cada uno de los autores que han contribuido á su procreacion. Y de consiguiente, es principio adquirido por la ciencia y demostrado por la experiencia, que los seres orgánicos se han reproducido en todas sus generaciones con los mismos caracteres señalados á la época de su aparicion primera en el teatro de la vida.

La escuela darwinista desconoce la realidad cuando cree que las diferencias entre los individuos de una misma especie pueden llegar á producir otra especie diferente. Los individuos de una misma especie no son ni perfectamente idénticos, ni radicalmente diversos. Agazis ha comparado hasta veintisiete mil conchas de especies muy cercanas y ha comprobado estas leyes. Si las diversas especies tuvieran una misma raiz y se originaran unas de otras en progresion ascendente, sucederia que los tipos de una clase inferior serian en todas partes más antiguos, y más modernos los tipos superiores. Seria necesario más, seria necesario que en ningun punto de la série se vieran surgir tipos nuevos, enteramente extraños á los que les han precedido, y superiores á los que han de seguirles. Para crear estas séries darwinianas se han creado analogías arbitrarias, se han desconocido ó aduletrado las diferencias específicas, se han desmentido hechos ciertos, indudables, evidentes. Consúltense los tratados de Paleontología, y se verá cómo caen por su base todas las evoluciones continuas y progresivas con sólo reconocer que, en ciertas épocas geológicas, es muy considerable el número de tipos diferentes, que han aparecido. Hay seres muy diversos que son muy contemporáneos. ¿A qué, pues, queda reducido el principio de las genealogías? ¿Estos contemporáneos serán unos antepasados de los otros? Evidentemente á esta sencilla consideracion pierde toda su



razon de ser la teoría de las trasformaciones.

El darwinismo ha engendrado el error exagerando verdades ciertas y fundadísimas. Todas las semejanzas que originan las fases sucesivas del desenvolvimiento embrionario se han tomado como pruebas de una filiación directa ó indirecta. Se ha sacado, pues, de su quicio la verdad probada. Y Agazis termina de esta suerte sus observaciones: «La Palenteología nos dice que do quier se han hallado »indicios de vida animal en las profundidades »de la tierra, se han hallado tambien séres »diferentes; la Palenteología nos dice que es- »tos séres diversos no presentan entre sí las »conocidas relaciones existentes entre los pa- »dres y los hijos; la Palenteología nos dice »que en todas las épocas se descubren orga- »nismos de un cierto tipo superiores á aque- »llos del mismo tipo que les han sucedido. Y »concluyo, que la manera con que se aplican »las ideas de Darwin á la clasificación, no es »admisibile, y que la doctrina de este estima- »ble naturalista no tiene fundamento.»

Perteneciendo Büchner al sistema que Agazis combate, y perteneciendo con verdadero entusiasmo, establece la estrecha relación del hombre con el mono. Nuestra especie ha nacido, como el Salvador en los establos, entre las especies inferiores. El orgullo humano queria divinizarse, buscar un parentesco superior con los ángeles, pero la anatomía está ahí armada de su escarpelo para confundirnos con las bestias. Si llevarais conservado en aguardiente un hombre al planeta Saturno y se lo entregárais á un naturalista, lo clasificaría inmediatamente en la especie de los monos. Durante mucho tiempo no estudiaron los atonómicos el cuerpo humano en nuestro cuerpo, sino en el esqueleto simio. Se necesitó el Renacimiento y se necesitaron sus luces para que fuera posible estudiar el esqueleto del hombre y disputárselo á los sagrados sepulcros. Una vez que Vesala hacia la disección del cadáver de un noble español, se movió, palpó un momento el corazón. Creyeron

que habia empleado su bisturí en un cuerpo vivo y lo condenaron á expiatoria peregrinación á Tierra Santa. La anatomía nació bajo las manos de aquel hombre, y nació para mostrar cómo la especie humana se confunde con los animales inferiores, cómo se enlaza por medio del mono antropóide con los restantes organismos que componen el árbol misterioso de la zoología.

Si la anatomía es como el esclavo romano, que recordaba al vencedor en la carrera triunfal con voz ingrata la hora ineludible de la muerte, la idea de la humanidad y de sus derechos, las leyes uniformes de la civilización, los principios morales elevan sobre todas las cosas nuestra dignidad á tanta costa alcanzada en la ascension y en la metamorfosis de la materia. No habiendo producido la naturaleza ser ninguno tan perfecto como el hombre, tiene éste derecho á considerarse el señor de la creación. Producto último y supremo de la tierra en sus continuas trasformaciones, la mente del hombre adquiere al Universo la conciencia de sí mismo y enlaza á los séres en la serie de las ideas. Nace de las entrañas de la tierra el hombre, y convierte á su reina, á su madre, en sierva, en tributaria, empapándola de tal suerte en su pensamiento, y trasformándola con tal fuerza por su trabajo, que ya puede presentirse y anunciarse la era en que sólo habrá los vegetales cultivados, y los animales consentidos por nuestra voluntad. Y el hombre podrá en lo porvenir sacar de su especie otra especie superior á él en fuerzas é inteligencia. Pero no podrá nunca sustraerse á la ley del combate por la vida: que si entre los pueblos primitivos se manifiesta en guerras cruentas, entre los pueblos civilizados se manifestará en competencias económicas, industriales, artísticas, científicas, que agujonean su actividad y aseguran el progreso. Hoy mismo, el combate por la vida en las naciones más adelantadas, donde los acomodados y los inteligentes son tan pocos, y tantos los proletarios y los desgraciados,

tiene aspecto tristísimo; pero á medida que el hombre se aparte por su inteligencia y por su libertad de las fatalidades incontrastables de la materia y de la animalidad inferior, la guerra se convertirá en competencia, y la competencia nos llevará de trabajo en trabajo y de victoria en victoria al seno de un paraíso que no hemos dejado á nuestras espaldas, sino que se encuentra á nuestro frente, reservado como premio y descanso á tantos y tan gigantescos esfuerzos. •

La naturaleza humana tiene como complemento necesario el Estado. El objeto del Estado es allegar la mayor suma de bienes posible á todos los ciudadanos. Como es inconcebible hoy el bien sin la libertad, toda constitución deberá reconocer, como sus dos primeros principios, la autonomía y la independencia á los pueblos, la igualdad y la universalidad de derechos á los hombres. Una constitución así, organismo natural de este inquieto espíritu moderno, excluye el principio monárquico y la gerarquía aristocrática, condena la existencia de señores y esclavos. La transformación de todos los estados monárquicos de Europa en estados republicanos es una ley necesaria, cuyo cumplimiento, retardado por la oposición de los intereses, al fin será completamente realizado por las ideas. La monarquía es un resto de los tiempos bárbaros, una sombra de los castillos feudales, una enseña de las atrasadas edades de guerra, incomprendible en esta edad del trabajo. La conciencia humana se subleva contra la anomalía de que un solo hombre disponga de los intereses y personifique los derechos de todos, anomalía que hubiera ya concluido por la conjuración de todas las clases ilustradas, si las muchedumbres no vivieran en la ignorancia, y los intereses creados no se agarraran como parásitos al trono.

Los que alegan para sostenernos en la reacción el pretexto de la falta de madurez en el pueblo para practicar la República, cometen á sabiendas un error y aceptan un sofisma;

porque ningun fruto madura sino en condiciones vitales de calor, de aire, de luz indispensables; ningun hombre encadenado se mueve libremente; ninguna República se funda y se consolida sino en la atmósfera de la libertad. Los derechos van de tal suerte conaturalizándose con nosotros, que muchos pueblos los tienen de antiguo y los practican y los aman. ¿Será necesario, despues de una larga educación liberal, que se aguarde á cambiar la Monarquía en República cuando se tenga el concurso unánime de los ciudadanos? En todo tiempo las minorías armadas de la fuerza de una idea han vencido á las mayorías que sólo contaban con la fuerza del número. El desenvolvimiento político y social mayor y más glorioso de nuestro tiempo se ha conseguido en virtud de la forma republicana, en los Estados-Unidos de América.

Se argüirá que siendo lo esencial la libertad es indiferente la forma, y que así como puede haber tiranía en una República, puede y debe haber libertad en una Monarquía. Pero el abuso nada quiere decir contra el uso. La libertad en una Monarquía puede deberse á empeños del acaso ó á la benevolencia del príncipe; en tanto que si la libertad falta en una República cae la responsabilidad en todos los ciudadanos que tienen medios de corregir su error y de reparar su falta. Todo hombre debe rechazar con indignación la idea de servidumbre política, el sentimiento de sumisión á los extraños, y reivindicar con orgullo el derecho de su completa independencia y el beneficio de la igualdad de todos en el mismo derecho y la misma independencia.

Existe vaga división entre los republicanos. Unos quieren la República unitaria y otros quieren la República federativa. Aquella, la República unitaria, es la heredera más natural de la Monarquía y la forma menos complicada de gobierno. Pero le ha quitado algun crédito y ha prevenido en su contra la excesiva centralización y la apoplética unidad de Francia. Las pruebas por que ha pasado la